

Xosé A. Neira Cruz

Escritor y profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre los años 2000 y 2004 formó parte del comité ejecutivo de IBBY. De 2002 a 2004 fue presidente del jurado internacional del premio IBBY Asahi Reading Promotion. Es director del área infantil y juvenil de Editorial Galaxia y director de la revista de IJ *Fadamorgana*. Ha sido nombrado comisario del 32º Congreso Internacional de IBBY, que tendrá lugar en Santiago de Compostela en 2010.

Dejar oír

Entre la página en blanco y el escritor media una tradición. Entre la página impresa y el escritor ha habido un proceso de búsquedas y renunciaciones, de reflexión, lecturas y aprendizajes. En pocas ocasiones podemos ser partícipes de ese tramado de experiencias, sentimientos y pensamientos que se desvanecen una vez que la obra ha llegado a las manos del lector. Xosé A. Neira Cruz reúne las cualidades de ser un escritor con voz propia, un lector con asentado criterio y un profesor de notables habilidades expositivas pero, sobre todo, destaca en sensibilidad, inteligencia y agudeza. En Cartas de navegación tenemos la oportunidad de contar con un excelente guía que nos conduce por las arduas y apasionantes rutas de la creación literaria y con la ilustradora Teresa Novoa que, en uno de sus registros menos conocidos y más personales, recoge en grafito las vicisitudes de este viaje.

Hace unos meses tuve la oportunidad de entrevistar a la escritora brasileña Lygia Bojunga en su casa carioca del barrio de Santa Teresa. Con la bahía de Guanabara entrando a raudales por los ventanales completamente abiertos de su sala de estar, y rodeada de los amuletos literarios que marcaron su evolución como autora —Monteiro Lobato presidiendo el altar de sus devociones—, Bojunga perfiló con palabras el mundo de ideas que la habita y que transita todos y cada uno de sus 21 libros, obras todas ellas intensas, recortadas hasta la exactitud, buscadoras de lo conciso como por otra parte demuestra la medida de la bibliografía de esta autora esencial para entender la literatura infantil y juvenil latinoamericana contemporánea. En un momento de la charla, Lygia Bojunga señaló que su principal objetivo como escritora era “dejar oír” las voces que poblaban sus obras. Y ese “dejar oír” volvió a aparecer en otros momentos de la conversación hasta convertirse en una suerte de *leitmotiv* de su manera de concebir la actividad literaria, el ejercicio de escribir.

Reconocía la autora de *A casa da madrinha* que lo que más difícil le había parecido siempre era hacer audibles las distintas voces que entretejían su discurso literario. Uno siempre tiene el temor de que la voz auténtica quede secuestrada por la voz propia del escritor, por su forma de expresarse como hombre o como mujer, no como narrador, venía a decir ella. Sin embargo, concluía, es prácticamente imposible crear voces verosímiles sin tener en cuenta la propia forma de decir las cosas que cada uno de nosotros demuestra a diario.

Esta reflexión remite a las voces que nos habitan y que a veces son las causantes de nuestra vocación literaria, de nuestra necesidad de contar. Escribimos porque alguien, una o varias voces, se encargan de susurrarnos historias al oído. Casi siempre la voz que habla en nuestro interior invitándonos a escribir un relato que toma cuerpo a medida que esa voz se entrecruza con nuestra propia voz, es reconocible y querida por nosotros; cuando esa voz surge desde la autenticidad difícilmente podemos sustraernos a la emoción.

Casi nunca, no obstante, somos capaces de identificar a quien corresponde exactamente esa voz que nos habla.

Antes y después de ese encuentro con Lygia Bojunga he vuelto a preguntar sobre "las voces" a escritores y escritoras con los que he dialogado. De un modo u otro, la preocupación por las voces ha estado presente en casi todos los que han respondido a mis preguntas. Incluso descartando la presencia de una voz determinada, la voz acababa reclamando su presencia en la argumentación del interrogado, a menudo sorprendido por advertir que hasta él o ella había adoptando ese término, la voz, como respuesta posible al enigma. Al final, pues, se acababa imponiendo la necesidad de reconocer que de voz o de voces superpuestas está cosido el patrón de las obras que nos gusta confeccionar. Sin voz, las obras simplemente no pueden comunicar.

He intentando recordar, desde entonces, escritos o citas de autores que en algún momento han depositado en la voz, desde distintas perspectivas, la clave esencial del chispazo literario. Cuando hay voz empieza la literatura, parecen afirmar, de distintos modos, autores tan variados como Walt Whitman, André Breton, Charles Dickens o Maria Gripe, por citar diversas formas de entender la literatura que al final concuerdan en un punto común definitivo: la voz existe.

Una voz resuena ahora en mi cabeza. La voz que empezó a narrar para mí. Recuerdo haber tamizado a través del tono de esa voz muchas lecturas posteriores. Mis primeros cuentos nacieron asimismo teñidos de esa voz. La voz de mi abuela paterna narrando en las tardes de sábado capítulos semanales de una interminable novela oral oída por entregas. Aquella mujer que contaba porque amaba contar —sin más motivos, sin más objetivos— podía estar leyendo, podía estar rezando, podía estar incluso dictando inconscientemente un texto destinado a ser almacenado en el caracol de mi oído que, años después, habría de resurgir como el eco de una galerna en la concha de un molusco reencontrado en la playa. De su forma de hablar se alimentó la forma de hablar de mis primeros personajes. Quizás por eso mis obras iniciales, siendo literatura premeditadamente concebida para niños, estaban totalmente transitada de adultos. Un anciano de setenta años que tiene unas gafas para ver la fantasía. He ahí mi primer personaje literario. Mi abuela Sinda prestándole voz a la voz de Martiño Pedreira, y yo casi escribiendo al dictado con bolígrafo verde en el reverso de un mazo de folios estampados, por el

otro lado, con publicidad de una zapatería compostelana. Tiempos también de creer en rituales iniciáticos capaces de revestir de magia el proceso de contar.

Desde entonces, he estado atento a la evolución de la voz, de las voces. He dejado entrar en mi voz la voz de muchos otros. Voces rescatadas en autobuses, en parques, en cafeterías. Formas de hablar y de decir que de pronto, sin saber por qué, reclaman un lugar en una historia. Mi amiga Rosa Aneiros, autora de éxito de la actual novelística gallega, prestando su voz a la voz de una narradora que cuenta una historia juvenil de las llamadas —un tanto despectivamente— "de instituto". Precisamente porque esa historia, o el tema de la misma, nació de una conversación con café por medio en la que la voz de Rosa era simplemente la voz.

Voces que llegaron también de los libros. La voz de Ramón Lamote, acusadamente parecida a la voz de Paco Martín, que, por cierto, resuena nuevamente en las librerías gallegas tras el silencio de la congelación editorial. Cuando los personajes literarios son auténticos dejan de ser de papel para revestirse de la piel y de la voz que queramos otorgarles nosotros, lectores crédulos y entregados a la defensa de que otras formas de vida, las literarias, son igualmente posibles. De ahí que el temor al plagio implícito o inconsciente, el temor a repetir voces que ya hemos oído, que ya nos han habitado, sea tan frecuente como innecesario. Esas voces, todas las voces, tienen que resonar dentro de nosotros, quizás hasta el momento en que el coro se funda en una nueva voz, la nuestra, que nos identifique literariamente como autores poseedores de un registro propio. Tenores, bajos, sopranos o contraltos de la literatura capaces de impresionar una voz en el oído interno del lector que nos escucha y que, a partir de esa experiencia, pasará a incorporar nuestra voz a la música diaria de sus pentagramas narrados.

Cuando la voz es fiel nada debe asustarnos al detectar su presencia. Como lectores o como escritores. Sólo deberíamos temblar ante la ausencia total de voces en nuestras vidas de seres humanos que sueñan palabras que oyeron y que vuelven a dejar oír interminablemente. ♦



Cortesía de Teresa Novoa